

dados, les dice: ¿Qué nos importa, romanos, una victoria, cuando aun quedan enemigos por combatir? Hemos vencido á los antemnatos, pero los volscos, los hernicos y los esforzados marsos, nacion entre las demas solo digna de pelear con vosotros, no han recibido el yugo. Prevenios pues á marchar contra ellos. Hoy triunfamos, mañana os llevaré contra los marsos, y al socorro de los de Capúa, nuestros aliados. Romanos, os concedo este dia para abrazar vuestras mujeres é hijos; pero mañana, apenas la brillante aurora suba en su dorado carro, os juntareis armados en el campo de Marte: vuestro rey estará el primero de todos. De este modo harémos ver á toda la Italia que nunca los vencedores necesitan de descanso.

Todas las tropas responden con gritos de regocijo: las legiones llevan sus águilas al palacio de Rómulo: una guardia escogida vela sobre este sagrado depósito, en tanto que los soldados restituidos á sus familias, reciben los abrazos de sus madres y esposas, y el amor y la ternura se dan el parabien de haber podido quitar un dia á la gloria.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Numa abrasado del amor de Hersilia, quiere acompañarla. Tacio le dá armas y le presenta al ejército. Júbilo de los veteranos sabinos al ver al hijo de Pompilio. Quiere Tacio seguirle á campaña, pero el pueblo guiado por Tacia, le hace desistir de su intento. Salida y marcha del ejército; Rómulo se junta con su aliado el rey de Capúa. Descripción del campo de este príncipe. Rómulo se separa de él. Llegada y discurso de los embajadores marsos.

El triunfo de Rómulo acabó de perder á Numa. Su alma, entregada ya á las violencias del amor, se inflama aun mas con aquel magnífico espectáculo que la encanta. La gloria de las armas se le presenta como el medio mas seguro de merecer á Hersilia. Apenas ha concebido este designio y ya se abrasa en deseos de ser un héroe. Dos pasiones, de las cuales una sola es suficiente para llenar de ardor y entusiasmo un pe-

cho noble, se reunen y llenan de sus activas llamas aquel jóven corazon.

Vuelve Tacio á su morada y Numa le sigue suspirando. Quisiera descubrirle su interior, pero teme las reconvenciones de aquel buen rey; le mira y calla. Al modo que un niño tímido sigue á su madre con pasos inciertos, la detiene asiéndola de la ropa, la mira con sus ojos llenos de lágrimas y sin hablar, le pide le lleve en sus brazos, así Numa seguia á Tacio.

Conoce en su rostro el rey parte de su interior desasosiego y le dice: Habla, hijo mio; ¿qué puedo hacer por tí? puedes contar que tus deseos se verán satisfechos siempre que penda de mi arbitrio el hacerlo.

¡Oh padre mio! Los cielos saben, responde Numa, si mis palabras eran ciertas cuando protesté dedicar mi vida á ser el báculo de vuestra vejez y esforzarme para imitar todas vuestras virtudes: pero he visto triunfar á Rómulo, y siento en mi alma un afecto hasta ahora desconocido. El amor de la gloria me inflama; la sed de los combates me devora. Soy sangre vuestra, hijo de Pompilio: á mi edad, vos y mi padre habiais vencido batallas; á mi edad habfais ya ceñido vuestras sienes con el laurel que ansioso deseo; y yo, hijo desconocido del valiente Pompilio, yo, pariente y amigo del esforzado rey de los sabinos, no he derramado hasta ahora otra sangre que la de las víctimas. ¡Oh padre mio, puesto á tus piés, te pido me permitas que te imite! ¡Concédeme, pues, que siga á Rómulo y que gane fama inmortal como tú y mi padre!

Dice, y se arroja á los piés del venerable an-

ciano, bajando la cabeza para ocultar su rubor.

Sosiegate, le dice Tacio, yo que fácilmente te perdonaria una falta, ¿podré condenar un modo de pensar que apruebo y estimo? Solo mi ternura y cariño me hubieran hecho preferir sin duda alguna el verte pasar una vida quieta á la sombra de mi trono y en mi seno paternal; pero soy sabino como tú y sé cuán grande es el aliciente de la gloria. Numa, tu valor me agrada, pero lloro no obstante al verte tan jóven querer arrostrar los riesgos de la guerra mas peligrosa que hasta ahora ha emprendido Rómulo, porque no quiero ocultarte que los enemigos que ha vencido son nada en comparacion de los que va á combatir. Los temibles marsos, hasta ahora invencibles, son de agigantada estatura y de una fuerza y valor prodigiosos; usan con destreza de la clava á imitacion del grande Alcides, y se dice que mojan sus flechas y dardos en jugos de yerbas venenosas; la menor herida dá la muerte, ¡qué dolor para mí si tú!...

¡Qué gloria, interrumpió Numa levantándose, qué felicidad para tu hijo la de aprender este noble oficio, peleando con tan dignos contrarios! Ahora conocerás que los dioses me favorecen, pues me inspiran el mas vivo deseo de seguir á Rómulo en el instante en que va á esponerse á los mayores riesgos. ¡Oh padre! Lo que me has dicho me determina, y el honor y la patria te mandan que me dejes volar á las armas.

Un fuego divino resplandece en sus ojos al acabar estas palabras; su voz toma una fuerza y actividad increíble; su estatura y todos sus movimientos se llenan de nobleza y audacia. As-

Aquiles disfrazado entre las hijas de Licómedes, se abalanzó á la espada que le presentó Ulises, y descubrió su sexo y valor con una accion involuntaria.

Al verle y oírle Tacio, llora de gozo: él mismo se siente inflamado de un ardor que no puede contener. Sí, hijo mio, le dice, irás á pelear con los marsos y tu padre te acompañará: sí, yo te guiaré en las refriegas, y te enseñaré los primeros elementos de la ciencia de los héroes. No pienses que la vejez me ha quitado las fuerzas, aun puede esta mano arrojar la espada; este brazo puede sostener el escudo. Nestor, mas viejo que yo, enseñaba á vencer á su querido Antifloco: no valgo tanto como Nestor, pero este no amaba mas á su hijo que yo á Numa.

Numa se arroja en sus brazos: en el primer pronto casi le va á declarar su amor á Hersilia; pero el temor de perder algo de su aprecio, confesándole que la gloria no es la única pasion que anima su pecho, le hace diferir para otro tiempo una declaracion tan penible.

Tacio, ocupado enteramente en su nuevo proyecto, corre á pedir á los sacerdotes de Júpiter sus antiguas armas, que habia consagrado en el templo. Las vuelve á ver, las toca con el mismo ardor que en su juventud. ¡Oh Saturno, esclamaba, si la sangre de mis numerosas víctimas ha corrido en tus aras, si mi corazon no te ha ofendido, ni aun con el mas leve pensamiento, vuélveme por algunos dias las fuerzas y vigor que tenia cuando el feroz Rhámes vino á hacer guerra á los sabinos, acaudillando sus Hérmicos: despreció mi juventud, me llamó á singular bata-

lla y arrojándome su lanza, creyó enclavar mi cuerpo á la tierra; mas yo, evitando el terrible golpe, me abalanzo á él y le sepulto tres veces mi espada en las entrañas, sacandola caliente y chorreando negra sangre. ¡Oh Júpiter! concédeme todavía un dia de gloria y bajaré contento al sepulcro.

Estos eran los votos de Tacio. Apenas supo Tacia su designio, cuando acudió desolada á disuadirselo, pero sus ruegos y lágrimas fueron vanas. Veia la desventurada doncella desvanecerse en un instante todas las ideas de felicidad que se habia prometido. Habia penetrado mejor que su padre la pasion de Numa, y sin quejarse, ni declararse á sí misma la causa de sus pesares, llorando la ausencia de Tacio, llora tambien sus perdidas esperanzas.

En tanto, Numa, solo piensa en Hersilia y en los preparativos de su marcha. No tenia mas armas que la espada de Pompilio. Tacio mismo va á la armería de Rómulo y escoje una coraza resplandeciente, claveteada de estrellas de oro, y cuyo temple era á prueba de cualquiera golpe; toma tambien un yelmo riquísimo, cuya cimera era una esfinge de admirable trabajo, sombreada de tres hermosos penachos que ondean en torno de ella horriblemente; escoje un escudo compuesto de siete cueros de toro, revestido de cuatro planchas de oro, plata, cobre y estaño, todo adornado de clavos brillantes, y en medio la cabeza de la espantosa gorgona: este escudo fué hecho en otros tiempos por el diestro Egeon para el rey Procas, y en su orla habia grabado la historia del piadoso Eneas, toma tambien un rico tahalí y

unos borceguíes de flexible estaño, que se sujetaban con hebillas de plata.

Contento con estas armas, vuelve y se las presenta á Numa: el horrísono estrépito que despiden al chocarse, y que llenan de pavor á los que le oyen, aumenta nuevo ardor al jóven héroe: las contempla, las toca y examina, y se complace en hacerlas resonar. Al punto se las viste, y su natural belleza crece con este adorno. Late su corazón bajo el acero que le cubre, y sus ojos despiden llamas de valor: semejante á un brioso alazan, que paciando en los abundantes prados, oye por la primera vez la trompeta, levanta su arrogante cabeza, despidiendo fuego por las narices, y sacudiendo sus pobladas cines responde con animosos relinchos al son belicoso que hiere sus oídos.

Ya la noche eterna para la impaciencia de Numa, esparce su denso velo, y el jóven amante no puede conciliar el sueño. Agitado revuelve mil proyectos diferentes; previene lo que ha de decir á Hersilia; anhela por el instante de verla, y pensando en las ocasiones que se presentarán á su esfuerzo, inventa las hazañas que ha de hacer.

Aun falta mucho para que la aurora ahuyente las tinieblas, y ya está cubierto de sus armas en el palacio de Tacio. Al ver su impaciencia se sonríe el buen rey, se levanta, cubre sus canas con el yelmo que ya se le hace pesado, en torno al pecho pone la coraza no usada en tanto tiempo, y no queriendo aumentar las penas de su hija con una cruel despedida, sale del palacio con silencio, y apoyado sobre Numa, se encamina al campo de Marte.

Ya estaba en él Rómulo y Hersilia con parte de las tropas. Tacio presenta al jóven guerrero á su colega; Hersilia al verle cubre de rosas sus mejillas, y Numa que habia estudiado lo que debia decir al general, queda mudo con solo mirar á su hija.

Rómulo aplaude el zelo que manifiesta, y luego que sabe su ilustre nacimiento, le conduce á las legiones sabinas que formaban el ala izquierda de su ejército. Aquí os presento, sabinos, les dice, un nuevo camarada que quiere pelear bajo vuestras banderas: este guerrero es digno de vuestro amor, es de la sangre de vuestros reyes é hijo de Pompilio.

Un grito general y penetrante se oye al pronunciar el nombre de Pompilio: todos los sabinos salen de las filas y corren á Numa; Mecio, Valerio, Volcens y Murrex, guerreros cubiertos de arrugas y cicatrices, estrechan en sus brazos al hijo de su antiguo general. Todo se lo debo á tu padre, le decía uno; á mí me salvó la vida, decía otro, y todos esclamban: fué nuestro bienhechor. Ven á nuestras filas, hijo del mas justo y valeroso de los hombres; ven a pelear bajo nuestros escudos, tuyos son nuestros corazones y nuestros brazos. Rey de Roma, gritan todos á Rómulo, te le pedimos por caudillo; seremos invencibles con él, como lo fuimos con su padre. Que nos mande y se llame Pompilio, y nosotros te respondemos de la victoria.

Sí, valientes amigos, les responde Tacio, que llegaba en aquel instante, él os mandara, y yo seré testigo de sus proezas, porque vuelvo a pelear otra vez con vosotros, antiguos compañeros de

mis triunfos, si es que aun os acordais de mí. Volveremos á vernos juntos en las lides de honor: vuestro rey quiere hacer su postrer campaña con vosotros; y si mis fuerzas flaquean, me llevareis en vuestros brazos.

A estas palabras responden los leales y esforzados sabinos con gritos y aclamaciones. Todos se apiñan al rededor de su anciano soberano, y le besan, cual las manos, y cual sus vestidos. No lo dudes, ¡oh el mejor de los reyes! no lo dudes, gritaban: te defenderemos, y nuestros cuerpos serán tu escudo impenetrable. ¡Qué seria de nuestros hijos y mujeres si tú nos faltases! Ven pues á enseñar al hijo de Pompilio á imitar á su digno padre: por nuestra parte enseñaremos á todas las naciones cómo deben ser amados los buenos soberanos.

Tacio les responde con sus lágrimas, abraza á todos, les recuerda sus antiguas proezas, y les pide para Numa el mismo amor que le han tenido. Aun el mismo Rómulo se siente enternecido, y al punto mismo manda á los heraldos que proclamen á Numa Pompilio comandante de las legiones sabinas. Mil aclamaciones le responden, y la activa Hersilia, que siempre pelea entre los sabinos, se complace interiormente de haber escogido este puesto.

Ya todas las tropas estaban prontas á marchar: Rómulo iba á dar la señal, y Tacio encargaba al prudente Mesala la administracion del reino durante su ausencia, cuando hé aquí qué una multitud de mujeres, niños y viejos desconsolados y dando lastimosos gemidos, levantando los brazos

al cielo, se precipitan á los piés de Tacio, y uno de los mas ancianos le habla así:

¡Con que nos abandonas! ¡Tenemos dos reyes que debian ser nuestros padres y ambos nos dejan huérfanos! En hora buena que Rómulo se aleje de nuestros muros; ya estamos acostumbrados á sus ausencias. Pero tú, padre aun mas que rey, tú que siempre has estado con nosotros, ¿por qué hoy nos abandonas? ¿Quién nos administrará la justicia? ¿Quién nos consolará en nuestras penas? ¿Quién aliviará nuestros males? Bien sabes que cuando nuestras victorias se compran con la sangre de los ciudadanos, los padres, los hijos desgraciados, las tristes viudas, corren á buscarte; lloran en tu pecho, lloras con ellos y haces el dolor mas tolerable. ¿Qué será de nosotros cuando, lejos de hallar en tí este consuelo, tendremos que temblar por su vida? ¿Qué vas á buscar en los combates? ¿Qué le falta á tu gloria? Te veneramos como á un dios; te amamos como á un padre: ¿qué mas quieres? ¿qué bienes mejores sacarás de la victoria? Por ir á hacer esclavos abandonas á tus hijos.

Así habló el viejo, y Tacio se deshacia en llanto. Mira á Numa, mira á sus guerreros; ellos y Numa se echan á sus piés y unen sus súplicas á las instancias del pueblo. Vencido Tacio, arroja lejos de sí el yelmo y la pica, y abrazando al anciano que le habia hablado, le dice: Esto es hecho, no hay para mí mas gloria que la de seros útil: no os abandonaré hasta que baje al sepulcro.

Al oír estas palabras, todo el pueblo prorrumpe en gritos de júbilo; todos dan gracias á los dioses

y bendicen á su buen rey. Tacía que hasta entonces habia estado oculta entre la multitud, la amorosa Tacía, se precipita en los brazos de su padre. Mis lágrimas, le dice, no habian podido vencerte; pero estaba cierta que no podrias resistir á las de tu pueblo: yo le he juntado y le he avisado de la desgracia que le amenazaba, y estoy muy lejos de sentir la preferencia que ha logrado.

Tacio estrecha á su hija contra su pecho, abraza llorando á Numa, y encarga á sus fieles sabios la custodia del tesoro que les confia. Tacía con los ojos bajos procura componer la voz para despedirse de Numa y le desea la gloria y felicidad que busca.

Ya se dá la seña de la marcha, y el buen Tacio suspira al ver desfilar las tropas; Numa le sigue con la vista y el pueblo lleno de gozo corre entre sus brazos y conduce á Roma á aquel buen soberano, cuya presencia es el consuelo y alivio de todos sus males. Sigue la marcha el ejército en tres columnas: la primera compuesta de las legiones romanas, no reconoce otro gefe que Rómulo, pero este príncipe no tiene puesto fijo; montado en un caballo de Tracia que arroja fuego por ojos y narices, va, vuelve, vuela y se halla en todas partes. Confia el gobierno de las legiones al viejo Hostilio, cuyo hijo fué con el tiempo rey de Roma. Al lado de este guerrero marcha el valiente Horacio, cuyos tres hijos sujetaron, cincuenta años despues, la ciudad de Alba con su victoria contra los curiacios; Masico, Abas, Servio, el jóven Miseno, descendiente del famoso trompeta de Eneas, y el esforzado Tala-

sio le acompañan. Todos estos se han señalado ya en repetidos encuentros, y cada uno viste los despojos de algun fuerte enemigo. Estos animosos romanos forman siempre la vanguardia en las marchas, y la ala derecha en los combates.

Las legiones latinas componen la segunda columna. En ellas están los laurentinos, los fidenatos, los de Tellena, de Aricia, y de la antigua Polidora. Todos estos pueblos sojuzgados por Rómulo, pelean ahora por él, y se glorian de un yugo que les ha valido el nombre romano. Sus valientes gefes son: Azilas, Orimanto, Feraltino, Ladon, hijo de la ninfa Perenna; el bello Nifeo, nacido en la fertil Canente; y Ciniro, sacerdote de Apolo, que lleva sobre el yelmo el laurel sagrado y las vendas de su dios. Estas huestes, todas de infantería, ocupan siempre el centro del ejército en las marchas y en los combates.

Los fuertes sabinos forman la tercera columna: esta retaguardia formidable es siempre el ala izquierda del ejército de Rómulo. El anciano Mecio ha cedido el mando á Numa; este varon respetable vuelve á ser soldado y subalterno al fin de su carrera; pero su edad, su fama y cicatrices le granjean aquel respeto independiente de las dignidades: Mecio, aunque confundido entre las filas, manda realmente. Cerca de él se distinguen el prudente Cátulo, el temible Coras, Tanaís, Talos, el valiente Galo, nieto del rio Abaris; el amable Astur, criado en las riberas de la fuente de Blandusia, y á quien todos tenian por amante de esta náyade; y el feroz Ufencio, á quien la espesa barba pintada de varios colores

ocultaba la mitad del rostro; todos estos guerre-
ros seguian á Numa.

Cubierto de sus armas centellantes, ébrio de amor y gloria, se adelanta Numa á la cabeza de esta division, fatigando un hermoso caballo blanco, que Tacio le ha regalado: el impaciente animal hiere con sus manos la tierra y el aire, y tascando el freno que reprime sus fuegos, se indigna oyendo relinchar los caballos de la vanguardia.

A su lado se adelanta sobre un soberbio carro la hermosa y altiva Hersilia armada como Pálas y bella como la esposa de Vulcano: su resplandeciente yelmo tiene por cimera el águila romana; cuatro penachos blancos la rodean: lleva al hombro una aljaba de oro, y tiene en la mano el arco de Pándaro, que Eneas trajo á Italia y que heredó su descendiente Rómulo. El prudente Bruto, tronco de una familia de héroes, gobierna el carro, y el amartelado Numa le envidia este empleo. Camina éste al lado de Hersilia siempre fijos en ella los ojos. Su bella presencia y hermoso semblante en nada cede al de la amazona; pero el largo uso de las armas dá á ésta un aire mas guerrero: tal suelen Apolo y Diana recorrer armados las montañas de Cintio; ambos igualmente temibles y esforzados; ambos deslumbran la vista; pero la hija de Latona conserva, en su gesto y porte, una fiereza que no se advierte en la dulce fisonomía de su hermano.

Avanza el ejército con marchas aceleradas hácia las riberas del Lírís y campiñas de Auxencio: allí debía unirse con las tropas del rey de Capúa, pero era preciso atravesar el país de los hérnicos:

Rómulo envía los heraldos á pedir el paso á su rey, y éste se le niega diciendo:

No soy aliado de los marsos ni de los romanos. Si el ejército de vuestros enemigos marchase contra Roma, no consentiria yo que abreviase su camino, dándole paso por mis estados; del mismo modo debo negárosle, y creo que observe la justicia guardando la neutralidad.

Esta respuesta llenó de furor á Rómulo. Presto conocerás, rey imprudente, esclama, cuán peligroso es no declararse entre dos enemigos poderosos, desde hoy lo serás del vencedor.

Obligado, no obstante, á dilatar su venganza y dar un gran rodeo para llegar á las fronteras de los marsos, se encamina á pasar por las sierras de los Simbruinos, cerca de donde nace el Anio.

Esta larga y penosa marcha fatigó mucho el ejército, pero fué muy útil á los soldados nuevos, con que Rómulo le habia aumentado. Numa, sobre todos, el jóven Numa hizo un duro aprendizaje de la honrada carrera que habia emprendido. Instruido por tan buenos maestros como eran los sabinos, é inflamado del amor y presencia de Hersilia, adquirió en poco tiempo la práctica y conocimientos de un veterano. Todavía no ha peleado, pero sabe como se ha de pelear; y su ardiente valor, que anhela ansioso por distinguirse á la vista de Hersilia, espera con ansia la hora de ver á los contrarios.

Llegan finalmente al Lírís, rio que divide á los marsos de los ecuos y hérnicos. Tres dias antes habia llegado el rey de Capúa á la cabeza de treinta mil hombres, apenas sus batidores le avisan de la llegada de la vanguardia romana, hace

salir toda su gente de los reales, la ordena en batalla, y al son de mil instrumentos espera la llegada de sus aliados.

Rómulo le corresponde con sus trompetas, y forma sus guerreros enfrente de las capuanos. Ambos monarcas se adelantan, se abrazan y juran una amistad eterna; y el romano, que estaba impaciente de examinar las tropas que iban á ser unas con las suyas, pasa á recorrer las filas.

Apenas da por ellas algunos pasos, cuando hierre sus oídos el murmullo que oye por todas partes; los capuanos osan sonreirse en su presencia, y afectan una indisciplinada que escita su cólera. Los mira con severidad, escucha con lástima un número crecido de generales que hacen ostentación de su vano saber y ni se digna contestarles: párase arqueando las cejas al ver soldados veteranos mandados por jefes sin pelo de barba, y advierte con desprecio que el oro y la plata brillan en todas las armas. Toma un escudo, cuyo peso parecia que fatigaba á un jóven guerrero, el rey le levanta con la punta de dos dedos y lee abochornado de vergüenza en él un mote amoroso: arranca tres ó cuatro lanzas de algunos soldados, las rompe apretándolas con las manos, y pregunta con irónica sonrisa, cual puede ser la utilidad de semejantes armas.

Entra en los reales y los examina. ¡Cuál es su indignación al mirar tiendas magníficas, llenas de pebetes que exhalan los aromas mas preciosos de mesas abundantes, de baños calientes, y en fin, de cuanto el lujo y la molición ofrecen en las cortes corrompidas! En unas partes ve juegos públicos, en los cuales los jefes capuanos pa-

san las noches perdiendo sus caudales y haciendas, el descanso y á veces el honor. Ve por todas partes una multitud de ramera, en número casi superior á los hombres, que seducen á la incauta y fogosa juventud, debilitan sus almas, arruinan su salud y le entregan al enemigo sin valor y sin fuerzas. Por todas partes ve, finalmente, la indigna molición, la pernicioso ociosidad y la lujuria mas desenfrenada.

Sale el rey de Roma de aquel campo con precipitación; toma de la mano al rey de Capua, y sin decirle nada, le lleva á las filas de los romanos. Un silencio profundo reina en ellas; se ven impresos en todos los rostros la atención y el respeto. Cada soldado, inmóvil en su puesto, mira continuamente á su comandante, y quisiera para obedecer mas presto, adivinar la órden que ha de darle. El hierro y el acero brillan por todas partes: si hay algunas armas adornadas con plata ó oro, son las de los príncipes y generales, distinción concedida al mérito y á la nobleza. En pos de estas tropas no se ven mujeres ni riquezas y sí solo caballos para reemplazar los que mueran, armas para suplir á las que se rompan, y socorros para los heridos y enfermos. Cada soldado, lleva sobre sí su tienda, sus víveres y sus armas, y ninguno manifiesta cansancio del peso ó del largo camino.

El valiente rey se pasea con lentos pasos por en medio de su invencible ejército, y observa en silencio al monarca de Capúa; toma la pica del último de sus soldados y la pone en sus manos: era este peso demasiado para aquel soberano, y

tuvo que dejarla caer al suelo lleno de vergüenza. Entonces Rómulo le habló así:

Tú mismo debes, ó rey de Capúa, juzgar ahora si tus tropas y las mías pueden pelear juntas no acostumbran los bravos leones vivir en compañía de los tímidos corderos. Tu ejército me debilitaria, y mis romanos, cuya costumbre es asaltar al enemigo los primeros, perderian la mitad de sus fuerzas en la defensa de sus aliados. Temo ademas un riesgo mayor: el aire infecto que reina en tus reales penetraria en los mios; enervaria mis soldades, entonces por mas victorias que lográsemos, yo seria el vencido: Apreco tu alianza, pero la gloria de mi pueblo es antes que todo. Si quieres que seamos aliados, separémonos; aparta lejos de nosotros ese campo peligroso; y si no puedes obligar á tus vasallos á que sean hombres, á lo menos impide que corrompan á los que lo son.

Así habló Rómulo, y el jóven Cápis, hijo de capuano, príncipe digno de ser romano, bajaba la vista lleno de dolor y de vergüenza. Su padre aterrado por aquel dominio que siempre tiene un héroe sobre un rey debil é ignorante, pide á Rómulo le diga lo que ha de hacer, y promete seguir sus consejos.

Estoy informado, le respondió Rómulo, que los samnitas están en camino para venir al socorro de sus aliados los marsos; pero hallarán en su tránsito la ciudad de Auxencio; id pues á encerraros con la tercera parte de vuestras tropas en sus muros, para defenderla en caso de insulto; enviad lo restante del ejército á recibir á los samnitas bajo la conducta del mejor de vuestras

generales, y encargadle particularmente que por ningun caso llegue á las manos con tan temibles enemigos, á los cuales no pueden resistir vuestros soldados, y que se contente con inquietarlos en sus marchas, retardando todo lo posible su reunion con los marsos. Entretanto yo voy á atacar á éstos, y no dudo, con el auxilio de mi padre y el valor de mis tropas, alcanzar la victoria. Entonces vuestro general dejará el paso franco á los samnitas, que vendrán á sitiar á Auxencio, y se hallarán encerrados entre la ciudad, vuestro ejército y el mio. Su inevitable derrota dará fin á la guerra en un solo dia.

Dijo, y el jóven Cápis se arroja á sus piés: ¡O rey, que admiro y respeto como á hijo de Marte, permite que el hijo del rey de Capúa pille bajo tus banderes. Deseo aprender el duro oficio de los héroes. ¿Qué mejor maestro puedo escojer? Considera, hijo de un dios, que instruido por tí podré hacer lo mismo despues con los vasallos de mi padre, y la gloria de hacerlos romanos será tuya solamente.

Movido y satisfecho el rey de Roma de estas razones, levanta á Cápis, le abraza y al punto le da el mando de una cohorte. Mas ufano Cápis con ser oficial de Rómulo, que príncipe de Capúa, besa la mano á su general, se despide de su padre y corre á ocupar su puesto. Inmediatamente marcha el capuano á ocupar la ciudad de Auxencio con diez mil soldados, los demas envia al mando de un griego que le servia, al encuentro de los samnitas; y Rómulo, impaciente por comenzar la guerra, determina antes que

llegue la noche sentar su campo de la otra parte del Liris.

Halla un vado seguro y se prepara á pasar, cuando he aquí que se presentan tres embajadores de los marsos. Su aspecto era venerable; tenían la barba larga hasta el pecho; sus cabezas apenas conservaban algunas canas, y el principal tenía en una mano una copa de madera y en la otra una flecha acerada: llegaron á la presencia de Rómulo con grave y severo continente.

Rey de Roma, le dice el mas viejo, ¿qué tienes que ver con nosotros? ¿hemos assolado tus campos ó bien insultado tu ciudad? ¿quién eres? ¿qué quieres? ¿qué pides? El rey de Capúa nos declara la guerra alegando un derecho imaginario sobre nuestros estados; él lo pagará. Mas tú, ni aun este vano pretesto te sirve. No te conocemos; nunca has oido hablar de nosotros, y nada poseemos de lo que podia escitar tu ambicion y codicia. ¿Sabes á que se reducen los dones que los dioses dispensan á los marsos? Se limitan á unos bueyes, un arado, clavas, flechas y esta copa. He aquí de lo que nos servimos con nuestros amigos y con nuestros enemigos. Damos á los primeras los frutos que nuestros bueyes y arado nos producen, y esta copa nos sirve para celebrar con ellos los banquetes de la hospitalidad: arrojamus las saetas á nuestros enemigos cuando estan lejos, y nuestras clavas los destrozan si tienen la temeridad de acercarse. Escoge pues esta flecha ó la copa. Dicen que eres hijo de un dios: si es cierto, haz bien á los hombres, tiembla de insultar á hombres que no

te ceden en valor, y te aventajan en virtud y razon.

Nunca he temblado, le responde Rómulo, llenos los ojos de furor; vengo a defender á mi aliado, sin meterme á averiguar la razon que le assiste: soy hijo de Marte y no de Témis. Vuelve, anciano, vuelve á tu pueblo; anunciale la guerra y el yugo, y déjame esta flecha como el regalo mas precioso, pues me hace esperar que hallaré enemigos dignos de mi valor.

Dice, y arrebatá la flecha de las manos del viejo: este le mira en silencio algun tiempo; alza despues los ojos al cielo, como poniéndole por testigo de la justicia de su causa, y se retira sin hablar palabra.

Inmediatamente pasa Rómulo el Liris y sienta sus reales en el territorio de los marsos.

